

# TRABAJO INTEGRADOR FINAL

## Universidad Nacional de Rosario

### Facultad de Psicología

#### “Sombras del Superyó”

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Francesca Razzetti Koller

Legajo: R-5083-1

DNI: 36.657.165

Tutor: Del Ponte, Javier

Año: 2024

Agradecer lo recibido, finalizando mi carrera, me lleva hacia ellos. Mis afectos. Lo que no pude recibir, por mi imposible soledad, lo cargo a mi cuenta como un resto. De ese resto, hice este trabajo, para situar un límite. Así fue que quise pensar las coordenadas de la soledad humana.

A la memoria de Ivonne Serena y Marité Colovini, psicoanalistas transmisoras de la pasión de un enigma.

A Javier Del Ponte, mi director, amigo mío y también del inconsciente, quien rehusó el cambio de tema y no me permitió quedarme sólo con el Superyó. A mis hermanas, bastión de la resistencia inherente al deseo. Sostén, empuje y crítica ante mis impedimentos.

A mis amigos, solidarios, empáticos, presentes. Creo que sólo el amor permite soportar la repetición que habita en cada uno. Uno de los nombres del amor, la amistad, la tolera, con la ilusión de que eso cese algún día.

Agradezco haber recordado en mi adolescencia ese sueño infantil que me llevó a una biblioteca de libros usados, donde encontré en la sección de Psicología, la piedra angular del edificio psicoanalítico y luego, con ese libro de dos tomos en mis manos, haber tenido la oportunidad de acceder a la Universidad Nacional de Rosario y permanecer para presentar hoy mi trabajo final.

**Índice**

Resumen .....	3
Introducción .....	4
Acerca del carácter religioso del Superyó en “El yo y el Ello” .....	7
El estatuto sacrificial del Superyó en “El Malestar en la Cultura” .....	11
Conclusión .....	15
Referencias bibliográficas .....	16

## **Resumen**

El siguiente ensayo se dispone a explorar la relación enigmática que el Superyó traba con la soledad del Yo, en un intento de conceptualizar la soledad propiamente humana desde la perspectiva teórica y epistemológica del Psicoanálisis. En el desarrollo del texto, se delinea la construcción de dos matices diferenciados del Superyó freudiano y la asignación correlativa de dos modos de habitar la soledad, proponiendo una lectura sobre la génesis de la conciencia moral en relación al sentimiento de culpabilidad y la necesidad de castigo inconsciente. Se considera pertinente investigar la soledad humana en función de la relación propuesta anteriormente, en la medida en que el dispositivo analítico se constituye mediante el lazo transferencial entre dos. Freud ha señalado como una de las resistencias más poderosas que detienen la cura, la resistencia del Superyó, motivo por el cual el límite que encuentra la palabra del analizante en la cura psicoanalítica por la resistencia del

Superyó, promueve una soledad muda que obstaculiza el trabajo analítico. De esta manera, se concluye situando a la soledad humana como uno de los efectos irreductibles que se desprenden de la constitución subjetiva.

### **Palabras claves**

Superyó – Culpa – Necesidad de castigo – Desmezcla pulsional- Soledad. 3

### **INTRODUCCIÓN**

El siguiente trabajo se propone investigar, desde la perspectiva teórica epistemológica psicoanalítica, la noción de la soledad humana como uno de los efectos irreductibles que se desprenden de la constitución subjetiva a partir de la conceptualización freudiana del Superyó y sus matices conceptuales. Para delinear sus características, se considerarán principalmente, las coordenadas que propone la segunda tópica freudiana, a partir de “El yo y el Ello”, abordando la partición a la que está sometida el *Ich* freudiano en su vasallaje al Superyó frente a la pérdida del amor del Superyó, así como también se llevará a cabo una lectura sobre algunas puntualizaciones sobre el origen de la conciencia moral en “El Malestar en la Cultura”.

Situaremos lo propiamente humano en el efecto que se nos presenta como soledad a partir de la emergencia del Superyó. Si el Superyó promueve o inaugura el periodo de latencia en la sexualidad infantil, como formación que emerge a partir del

abandono de las cargas sobre los objetos incestuosos e imperativo, que anclado en el ello, orienta sobre el cauce de la satisfacción pulsional, la soledad propiamente humana estará teñida por su presencia. Nos proponemos conocer la consistencia propia de esta instancia, su modo de operar, los efectos que produce en la vida anímica, ligados a los desarreglos no contingentes que imprime en la sexualidad humana. Intentaremos articular este producto del declive del Complejo de Edipo, con un singular modo de habitar el mundo: la soledad.

Comenzaremos por revisar cómo opera la soledad en la sexualidad humana, allende su presentación fenomenológica, para generar una posible conceptualización psicoanalítica de la misma. En este sentido, quisiéramos circunscribir la investigación al estudio de la soledad, intentando precisarla en sus devenires, suponiendo oscuramente aún, un vínculo enigmático con el imperio del Superyó respecto al Yo.

Consideramos pertinente investigar la soledad humana en función de la relación propuesta anteriormente, en la medida en que el dispositivo analítico se constituye mediante el lazo transferencial entre dos. Freud ha señalado como una de las resistencias más poderosas que detienen la cura, la resistencia del Superyó. Suponemos que el límite que encuentra la palabra del analizante en la cura psicoanalítica por la resistencia del Superyó, promueve una soledad muda que obstaculiza el trabajo analítico.

Del pasaje del incesto al Superyó, Freud ha señalado la instauración del periodo de latencia, allí donde las cargas libidinales permanecerían suspendidas. Este paradójico efecto de desexualización inherente a esta instancia en la segunda tópica, se llevaría a cabo por medio de una identificación ambivalente, que no lograría regular el devenir pulsional más que por un sentimiento inconsciente de culpa, vía las formaciones del inconsciente, si es que regula el pasaje que supone también, de la culpa al castigo.

Sostendremos que la culpa, represión secundaria operando, produce la posibilidad de un ciframiento, lo que permitiría hacer lazo con el otro. En cambio, la necesidad de castigo como retorno, se basta a sí misma y no remite al otro. La culpa emergería para hacer consistir a la alteridad fundada en la falta que el yo ha cometido. El castigo se ejecutaría silenciosamente en el conflicto intrapsíquico, prescindiendo de la presencia del otro.

El “Así(como el padre) debes ser, así como el padre no te es lícito ser” (Freud,1975, p. 36) produce una ley insensata que tiende a un desarreglo no contingente en el campo de la pulsión, cuyo imperativo acecha al Yo, relanzando al infinito el abandono del que supuestamente ha surgido.

El cumplimiento del imperativo que promueve el Superyó, instalando diversas renunciaciones, no apacigua su voracidad de control sobre el dominio del devenir pulsional. Anclado en el ello, el Superyó se nutre de las renunciaciones deseantes que limitan y empobrecen al Yo, para llevar desenfrenadamente a la pulsión a su viraje al más allá del principio del placer.

El desamparo originario abre la puerta a la producción de legalidades internas que marcan la pérdida del objeto de amor, vía la culpa, como posibilidad de encuentro con el

otro, en tanto se ha abandonado el objeto de la satisfacción narcisista. ¿Qué ocurre si no se abandona el objeto?

En este punto, Freud (1996) ha señalado en “La feminidad” que al faltarle un motivo acuciante a la mujer para el declive del complejo de Edipo, como lo es la angustia de castración en el hombre, habrá un abandono parcial de las cargas sobre los objetos incestuosos, permaneciendo indefinidamente en el Complejo y el Superyó no adquirirá la fuerza suficiente para consistir, volverse impersonal e independiente; la retención de las cargas sobre los objetos incestuosos, en la medida en que la angustia de castración no las clausura, deja a la posición femenina más expuesta a la inminencia del abandono del

otro, más anclada a la fijeza de las satisfacciones narcisistas que se presentan en la cura como límite de los desplazamientos y las sustituciones.

Ahora bien, el poder oscuro del Superyó tiende a ir más allá de la culpa, por ende, de la validación amorosa del otro como sostén vital autoconservativo, para devenir exigencia que castiga. ¿Cómo ubicar el efecto de desexualización que produce la vociferación superyoica? ¿Es el Superyó el reverso del incesto o su representante en el campo de la conciencia? Considerando que el Superyó emerge de la cesión del objeto incestuoso, a la par que introyecta lo que en el otro parental hace a la ambigüedad de la ley, relevando una investidura de objeto por una identificación, el Superyó conservará el lazo con el objeto perdido, como escisión del yo más allá de la regulación que impone el principio del placer.

Nos inclinaremos a pensar la desexualización que produce la vociferación superyoica, esa ley insensata que recae luego sobre el Yo de un modo mortificante, desexualizado, como imposibilidad de inscribir el lazo con el objeto vía el duelo. El Superyó como cicatriz y resto de la elección de objeto representa el paradigma melancólico del duelo, que luego se volverá el modelo matriz por el cual el Yo abandona sus objetos escindiéndose para alojarlos dentro. Amo de la conciencia moral, apalabra al Yo, haciéndolo objeto de su odio, bajo la paradójica amenaza de retirarle su amor.

Será necesario distinguir matices en las funciones del Superyó en la segunda tópica, en la medida en que el Superyó no es una instancia unívoca sino ambivalente, que, como producto del Complejo de Edipo, por medio de la introyección, no es equivalente al otro parental investido eróticamente.

Si el Superyó se nutre y se configura alrededor de la experiencia vivida, no consiste en una transfiguración total del otro parental sino en un pasaje de una relación intersubjetiva a una instancia intrapsíquica. Reducir el Superyó al otro social es desconocer el valor clínico que el concepto recubre, esto es, la lectura que el yo hace de lo que en el otro dicta la ley.

Si el Superyó fuera una transfiguración total del otro parental, resultaría necesario explicar, la severidad que él mismo impone al Yo, en casos donde los otros significativos han auspiciado como sostén de un verdadero reconocimiento amoroso para el sentimiento yoico.

Considerando la resistencia del Superyó, como una de las causantes de la reacción terapéutica negativa, es posible situar un punto de clausura en la eficacia de la palabra y el reconocimiento simbólico como vía de asunción del deseo en la transferencia analítica. La imposibilidad de asunción y reconocimiento del deseo al interior del lazo analítico, acarrea un sentimiento de soledad tenue, que hunde su gravitación en el desamparo originario que le antecede.

La renuncia deseante que alimenta el castigo de servidumbre yoica en relación al Superyó, nos señala la aporía al imposible camino del duelo, bajo un modelo no melancólico. Inscribir el lazo con el objeto perdido, es desatar la esclavitud que su conservación promueve. Una esclavitud cercenada de deseo, comienza a ser vislumbrada por el Yo, como motivo de revuelta, en la medida en que el Yo también es castigado y odiado por su imposibilidad de realizarse en lo que anhela como propio. La amenaza de retiro del amor por parte del Superyó permanece ligada al deseo del Yo, a la par que se le opone en su ambigüedad, como prohibición de sustitución del Ideal paterno, para dar con el alcance que la meta pulsional que señala. El padre acompasa el tiempo

del duelo, por la vía del amor, desrealizándose como deber ser intransigente, a partir del reconocimiento de su falla, en la medida en que es odiado porque ha sexualizado la ley impartida con los sesgos de la agresividad de la puesta en juego de su ejercicio.

Que el Superyó amenace al Yo con retirarle su amor en los avatares de la asunción de las sendas de su deseo, se vuelve deseable en la medida en que el amor

que le devolvería está enmarcado en un deber ser intransigente que lo aplasta en la puesta en causa de la propia falla. Podríamos oponer en este punto, una soledad habitada por la servidumbre melancólica a la que el Yo tiende en sus renunciaciones, para sostener el amor imposible bajo amenaza de retiro por la vía de la prohibición superyoica, a una soledad de reencuentro con la falla, que el duelo habilita, clausurando el vasallaje al Superyó, al apuntar a la conmoción del estatuto absoluto del Ideal introyectado.

de la propia insuficiencia en la comparación del yo con el ideal da por resultado el sentir religioso de la humillación que el creyente invoca en su añoranza. (Freud,1975, p.39)

En el siguiente apartado se procederá a realizar un comentario sobre el carácter religioso del Superyó, considerando exclusivamente como fuente bibliográfica freudiana "El Yo y el Ello".

En "Introducción al narcisismo", Freud (2013a) ya había sostenido que era necesario suponer una instancia dentro del Yo, particular y diferenciada, cuya novedad sería presentada en "El Yo y el Ello", alrededor de la explicación de sus vínculos menos firmes con la consciencia. La melancolía ya había allanado el camino a partir del forjamiento de su mecanismo. Esto es, un objeto perdido es reincorporado al Yo vía el relevo de una investidura de objeto por una identificación. Mecanismo que se expande y se generaliza desde el cuadro psicopatológico de la melancolía a la tipicidad de la conformación del Yo, asignándole la función productiva del carácter humano.

En un tiempo primitivo, no habría distinción entre identificación e investidura de objeto, en la medida en que el Yo no está constituido, las investiduras partirían del Ello siendo registradas por el Yo que, cual sede de admisión, concedería plaza o la rechazaría auspiciando la defensa por la vía de la represión.

Ahora bien, Freud (1975) conjetura asignarle a la regresión al mecanismo de la fase oral, el modo en que se tramita la resignación de un objeto que no admite la aquiescencia del Yo, dando por resultado, la alteración consiguiente en el Yo a partir de la erección interior del objeto. Oscila en proponer también, que se trataría de una condición general mediante la cual el Ello resigna sus objetos. Vemos delinear el paradigma melancólico del duelo, el carácter mortuario del Yo como cementerio de restos de un historial erótico y su capacidad de resistencia, adquirida tardíamente, para defenderse de los saldos del naufragio de sus propias elecciones.

Consideraremos concebir a esta profundización del vínculo del Yo con el Ello, mediante la sustitución de una investidura de objeto en una identificación que conlleva la alteración permanente del carácter del Yo, una estrategia de dominio dócil por parte del Yo que recubre una intención de reparación de la pérdida sufrida por el Ello. Como si el yo se enunciara ante la sustracción de la satisfacción vivida por el Ello, de este modo: "Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto." (Freud, 1975, p.32)

La transposición de la libido, ahora devenida narcisista, implicaría una desexualización de la meta sexual, en consecuencia, una sublimación o una desmezcla pulsional sin satisfacción sublimada de la pulsión sexual por mediación de la libido narcisista.

La capacidad de resistencia del Yo ante los influjos de su historial erótico, "no borrarán los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana, serán universales y duraderos" (Freud, 1975: 35). Se trata de la génesis del Superyó, que recubre "la identificación primera y de mayor valencia del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal" (Freud, 1975: 35), en la medida en que es anterior a la historia personal y edípica, no se trataría de una transposición de la libido objetual en libido narcisista, una desexualización de las metas acompañada de una sublimación o una desmezcla, sino más bien, de una identificación no mediada que antecede a la erótica objetual.

El carácter trascendental de una identificación no mediada por los avatares de una historia, prefigura un objeto imposible de investir en su matiz excepcional, metapsicológico, que devendrá asintótico en relación a la búsqueda incesante de la satisfacción narcisista.

Proponemos relacionar esta identificación al padre de la prehistoria personal con una identificación con un objeto incorpóreo, no reintegrable en el yo, que devendrá la matriz religiosa del empeño reconstitutivo del Yo en relación a la pérdida de la satisfacción pulsional.

A posteriori, las elecciones de objeto edípicas desembocan en un refuerzo de la identificación primaria. Freud encontró ciertas dificultades para lograr situar la re-introducción en el Yo del objeto perdido. Intentó realizar su demostración por medio de la reconstrucción de la trama triangular edípica y la normalización de la sexualidad. De esta manera, logró escapar de la aporía al proponer, para el campo de la neurosis, el Complejo de Edipo completo. Las cuatro aspiraciones, del Complejo de Edipo completo, serían desmontadas con su demolición produciendo dos identificaciones distintas que retendrían los dos objetos correspondientes a la bisexualidad constitutiva. Esto, con primacía de una identificación y un objeto en función de la disposición sexual dominante en lo que atañe a la satisfacción pulsional.

Por lo tanto, se avizora como resultado de la fase sexual regida por el Complejo de Edipo, un residuo en el Yo que establece dos identificaciones unificadas. Teniendo en cuenta la conceptualización del complejo de Edipo completo, es decir, que a cada uno de los dos objetos resignados se le corresponde una identificación, esto permitiría pensar la identidad sexual no así la génesis del Superyó. En otros términos, no es la resignación de objeto la condición que posibilita concebir la emergencia del Superyó.

Si la introyección del objeto perdido genera una posición especializada que escinde al Yo oponiéndose al mismo en calidad de Superyó, este grado dentro del Yo, no sólo es el resto identificatorio de la elección del Ello, sino que además tiene la significación de una intensa formación reactiva contra ella. La elección se vuelve modelo del lado del Ideal del Yo y prohibición reactiva del lado del Superyó. Podríamos decir que la identificación tiene un carácter habilitante, autorizante y también opera en calidad de Superyó, con su reverso negativizante, oponiéndose a la elección de objeto habilitada por la identificación con que se produjo la resignación. El esfuerzo y la enérgica impronta de esta instancia está teñida por su función represiva sobre el Complejo de Edipo. El Yo infantil adquirió su fuerza para subvertir el Complejo, internalizando el obstáculo paterno, devenido ahora conciencia moral rigurosa o sentimiento inconsciente de culpa que aqueja al Yo.

En consecuencia, para llevar a cabo la operación represiva de las catexias objetales incestuosas, se erigiría dentro del yo, el obstáculo de la realización deseante que devendrá *a posteriori* el residuo identificatorio de la antigua elección y una formación reactiva contra la misma que rebaja su recubrimiento libidinal. Conjeturamos relacionar la formación reactiva con la que opera el Superyó sobre la elección de objeto, no sólo con la disposición ambivalente en relación al objeto, sino con un efecto de desmezcla pulsional que deblitaría el componente erótico en la emergencia de la ley paterna, subvirtiéndolo el erotismo que enaltece su posición trascendental en relación al Yo.

Freud pensó al Edipo como un juego de elecciones interceptadas, modeladas a través de identificaciones cruzadas. Porque el niño se identifica a su madre puede amar a su padre y al revés. La bisexualidad sería el correlato de las identificaciones con ambos progenitores.

Si lo que sobrevive a la antigua elección amorosa no es sólo una identificación con el objeto sino una formación reactiva contra la elección, el Superyó garantizaría la división del Yo, atacando al objeto amoroso como si fuera el otro. ¿Por qué suponer que se trata de una formación reactiva frente a la elección y no frente al objeto mismo? Una formación que gravita en torno y no sólo al amor al Ideal sino también alrededor de la agresividad que despierta el objeto por sustraerse a la satisfacción.

¿Y si lo que se introyecta del objeto es lo que en el otro no resulta amable? Si lo que generaría residuo en la elección es el rasgo causante del amor, clínicamente se podría trabar un pacto con el Superyó, esto es, hacer las paces con esta instancia, haciéndose amar como ejemplo de lo que se ha perdido.

Ahora bien, el empeño reparatorio del yo que antecede a la identificación narcisista con la que el Ello concede al Yo la resignación de sus objetos, viene a velar por la vía del amor, la agresividad que despierta la satisfacción incorpórea y absoluta de Dios como matriz identificatoria primaria, a la vez trascendental y asintótica que operaría como garantía y sede del perdón al estar exceptuada de la falta de satisfacción en relación al cuerpo.

El Superyó como entidad moral es concebido como la agencia representante del vínculo que se entabla con los padres. Fusión de distintos afectos a precisar en cada caso, vínculo que luego se internaliza como herencia del Complejo, acompañando el destino de la libido del Ello. En un doble movimiento, por la vía de la institución del Superyó, el Yo se apodera del Complejo a la par que se somete al Ello, en la medida en que el Yo representa la realidad y el Superyó defiende al Ello ante el Yo.

La añoranza al padre que encierra el Superyó opera como medida de juicio sobre la insuficiencia propia produciendo humillación. Se trata de un Yo fiel creyente de una figura sin tachas elevada al estatuto del Ideal religioso, cuyo reverso es una soledad devota sometida a una depreciación imaginaria de lo propio, soportada por una conciencia moral vigilante que, en la tensión de sus exigencias con respecto al desempeño del Yo, promueve la producción de un sentimiento de culpa. Freud lo planteó en "El Yo y el Ello" en estos términos: "La tensión entre las exigencias de la conciencia moral y las operaciones del yo es sentida como sentimiento de culpa" (Freud, 1975, p.38)

Es posible poner en tensión la idea de la introyección dentro del Yo, del otro parental en tanto objeto perdido, en la medida en que Freud no logra dar cuenta del origen paterno del Superyó por la vía de la introyección. Si lo que se introyecta es el objeto perdido en la lógica del Complejo de Edipo, resulta ambiguo el carácter paterno del Superyó, en el caso del varón. Las identificaciones secundarias en el Edipo completo no auspiciarían dicho carácter unificado. El arrastre del origen del totemismo para pensar la constitución de esta instancia intrapsíquica no da cuenta de la pérdida del objeto materno. El carácter totemista de la génesis del Superyó sólo es confirmado en el complejo de masculinidad en la niña.

Por otra parte, es más compatible con la definición del Superyó como "agencia representante del vínculo parental" (Freud, 1975, p.36) la idea de que es del Ello y no del padre de donde extrae el Yo la fuerza para reprimir el Complejo de Edipo por constitución de su Superyó. Supondremos que el Superyó es el resultado de la internalización de un vínculo, que involucra la impronta pulsional que se satisface en el mismo, desde ambos polos de la relación intersubjetiva.

Al descender de las primeras investiduras del Ello que refuerzan la identificación primaria a una figura omnipotente, germen de todas las religiones, el Superyó subrogará al Ello frente al Yo, distanciándose de la conciencia. Ante el reconocimiento del analista sobre los avances de la cura, y la transmisión de esperanzas con respecto a las posibilidades del tratamiento, Freud ubica una reacción trastornada en ciertas personas. Se trata de la reacción terapéutica negativa, donde la cura es percibida como un peligro para el Yo, que siente la necesidad de estar y permanecer enfermo.

De esta manera Freud señala que "Este obstáculo para el restablecimiento demuestra ser el más poderoso, más que los otros con que ya estamos familiarizados: la inaccesibilidad narcisista, la actitud negativa frente al médico y el aferramiento a la ganancia de la enfermedad" (Freud, 1975, p.50). Aquello que se opone al restablecimiento de la enfermedad es lo que se satisface con ella. Se trata de un sentimiento de culpa que recae sobre el Yo haciendo una pareja sin fisuras con el castigo de padecer. Par que imposibilita el trabajo del analista, al producir una soledad enferma soportada en un sentimiento de culpa mudo, en la medida en que no es sentido como tal

sino como enfermedad.

Freud (1975) enlaza el sentimiento inconsciente de culpa con ciertos actos que lo apaciguan al asignarle un hecho real y actual. De esta manera, el sentimiento de culpa sería motivo suficiente, por ejemplo, para llegar a delinquir. A partir de esta inversión, establece la independencia del Superyó con respecto al Yo consciente y de su *modus*

9

*operandi* en relación a su sumersión en el Ello. Al ser una parte del Yo, permanece accesible a la consciencia por medio de las representaciones palabras, pero su investidura no se la aporta la percepción sino las fuentes del Ello.

El Superyó como crítica hiperintensa en la melancolía es vivido por el Yo como sentimiento de culpa, arrastrando hacia sí la conciencia al capturar todo el sadismo del individuo que ahora vuelve al Yo como un homenaje a la pulsión de muerte. Considerando que las pulsiones de muerte se neutralizan por mezcla con los componentes eróticos, se desvían hacia el exterior como agresividad o prosiguen su labor en el Ello, el Superyó podría volverse hipermoral con una crueldad digna del Ello, mientras más se limitara la agresividad hacia afuera. De modo que no es el Superyó la instancia que limita la agresión sino que la produce en un descentramiento y una vuelta hacia el Yo. La cruel restricción de la moral está soportada en la creencia de un ser superior despiadado en el castigo. Segunda inversión que Freud realiza, es la crueldad prohibitiva la fuente de donde emana la creencia en un ser trascendental y omnipresente como agente del castigo la que produce la culpa y no al revés.

La identificación al padre se asienta sobre la desexualización. En este piso identificatorio Freud (1975) propone también situar a la sublimación, argumentado que en la transposición libidinal que la identificación opera, se podría dar una desmezcla pulsional en el seno del proceso sublimatorio mismo; Eros menguaría su fuerza de ligazón en la fusión con los componentes destructivos por efecto de la neutralización consumada en la identificación, generando la liberación de la destrucción y la inclinación a agredir que nutriría al imperativo superyoico en su sesgo sádico.

Resulta pertinente distinguir matices en la dinámica de esta instancia intrapsíquica. Para lo cual, propondremos no identificar la sublimación con una desexualización, en la medida en que en la sublimación, como uno de los destinos de la pulsión, hay satisfacción de la pulsión sexual consumada en su desvío ante la inhibición de su meta. En consecuencia, no sería equivalente concebir al Superyó operando en clave de desmezcla pulsional que bajo los destinos de la sublimación. La sublimación aportaría cierta satisfacción de la pulsión sexual por la vía del pensamiento, en contraposición al proceso de desmezcla pulsional, donde la satisfacción de la pulsión de muerte se desprendería de la erotización del pensamiento comandando una repetición compulsiva que no se registrará por el principio del placer.

Ahora bien, cada vez que el Yo domina sus cargas libidinales por identificación, las desmezclas producidas en el Ello por regresión desbordan y son asumidas por el Superyó, instancia que se abate contra el Yo por medio de la agresión que estaba enlazada a la libido, siendo una formación reactiva contra los procesos que se desatan en el Ello.

Peligra el Yo en relación al mundo exterior, a los procesos pulsionales del Ello y a la severidad despiadada del Superyó. Al velar por el mundo exterior, el Yo intenta dominar la libido del Ello recapturándola sobre sí, a la par que se somete con sumisión a las demandas pulsionales por medio de su racionalización, disimulando los conflictos del Ello con la realidad.

Por medio de la transposición libidinal que la identificación produce neutralizando la libido objetal, el Yo sirve a la pulsión de muerte en el dominio del Eros, corriendo el peligro de ser objeto de Tánatos. Al llenarse de libido para trabajar a favor de la pulsión de muerte, el narcisismo subroga a Eros, de manera que el Yo desea vivir y ser amado.

Sin embargo, la desmezcla que Freud le apareja a la sublimación al liberar la agresión dentro del Superyó recae como maltrato sobre el Yo y peligro de muerte.

Tras la angustia del Superyó vivida por el Yo, como angustia ante la conciencia moral, se reedita la angustia ante una figura superior y amenazante, que linda con la resignación y la caída de la investidura narcisista por parte del Yo, resignación que el Yo ya ha efectuado con los objetos del Ello. Se trata de una suerte de abandono de la propia vida que inscribe la imposible representación de la muerte en el inconsciente. De este modo, la angustia de muerte se jugaría en este abandono en la tensión entre el Yo y el Superyó.

10

La angustia de muerte como reacción ante un proceso intrapsíquico, cuyo paradigma es la melancolía, expresará la persecución y el odio del Superyó en el Yo. Vivir para Freud gravita en torno al sentimiento narcisista de ser amado por el Superyó en su enclave en el Ello. El Superyó releva la figura protectora que se encarnó en el otro parental a raíz del desvalimiento infantil y posteriormente en el destino como providencia que conduce a un fin anticipadamente. Podríamos decir que el Yo tiene su suerte, una neurosis de destino se juega en el conflicto intrapsíquico entre el Yo y el Superyó. Si bien el azar podría incidir, la interpretación que produce el Yo con respecto al peligro de muerte objetivo -sobre el que no logra imponerse con sus propias fuerzas- se articulará en torno a un abandono de los poderes protectores y una resignación de la propia vida.

Se nos impone emparejar una soledad ligada a esta angustia de muerte, donde el Yo se ve compelido a abandonar la propia vida, en la medida en que el destino es vivido como desprotección y castigo relevando al Superyó. Una soledad intrapsíquica que prescinde del reconocimiento del otro, inmovible desde el punto de vista clínico, si el analista no consiente en desbaratar la lógica hermética de los enunciados que humillan al Yo, instalando el enigma como fuga de un sentido coagulado. No se trata de contradecir el exterminio crítico del Superyó por la vía del reconocimiento del desempeño del Yo, sino más bien, del deslizamiento de su posición de testigo ante la crueldad del Superyó hacia una posición humorística que cause la recomposición libidinal de los elementos que la desmezcla pulsional desinvistió, y ahora restan como saldos crudos parasitando a la soledad de un pensamiento, subtendidos a un destino que desde el exterior se instala como providencia.

### **El estatuto sacrificial del Superyó en “El Malestar en la Cultura”**

“Cuando Dios te da un don también te da un látigo  
y ese látigo es solamente para autoflagelarse” Fito Páez

En el capítulo número VII de “El Malestar en la cultura” Freud (2013b) se pregunta de qué armas se sirve la cultura para volver inocua la agresión o el deseo de agresión que se desprende del empuje de la pulsión de muerte. Concede a la introyección de la agresividad el mecanismo privilegiado de coartación de la agresividad volcada hacia el exterior. La agresión retornaría a su fuente al incorporarse al Yo diferencialmente en calidad de Superyó, gestionando las funciones de la conciencia moral, a partir de las cuales descargará la misma agresividad que en el Yo se dirigía hacia los extraños.

Resulta notable el desplazamiento que se produce en la conceptualización de la introyección en este momento de su elaboración teórica, en la medida en que ahora recae sobre la propia agresividad que se desearía volcar hacia afuera y no sobre el objeto perdido a partir del pasaje de una transmutación de la libido de objeto en libido narcisista por introducción dentro del Yo de la figura parental que obstaculizó la satisfacción, erigida luego en Ideal. La tensión en el desdoblamiento del Yo por la agresión introyectada continuaría produciendo un sentimiento de culpa que ahora se manifiesta principalmente

como necesidad de castigo. La potencia agresiva del Yo es debilitada de este modo y transferida a su estricta vigilancia.

Sobre la génesis del sentimiento de culpa, Freud (2013b) agrega que no se la debe redirigir rápidamente a algo cometido que es juzgado como indebido, no refleja un acto inmoral realizado sino también una intención de realización que puede no haber sido ejecutada. Ahora bien, tanto la realización como la intención producirán dicho sentimiento si ha sido reconocida con anterioridad su meta como condenable. Dado que para el Yo no necesariamente coincide lo inmoral con lo displacentero y/o peligroso, ya que muchas veces el mal puede ser causa de placer, la discriminación le es aportada al principio por el otro, en tanto que el Yo se subordina a su influencia a partir de su desvalimiento inicial.

De este modo, la génesis de la moral en Freud (2013b) estará delineada en función de un vínculo asimétrico, donde la superioridad del adulto en esa disimetría producirá una subordinación a las discriminaciones morales de la palabra de quien se

11

depende. De no acontecer dicha sujeción, el temido retiro del amor del otro podría ser experimentado como cese de su protección o demostración de su jerarquía en relación al Yo por la vía del castigo. En consecuencia, lo amoral, connotado como malo es aquello que podría conducir a perder el amor del otro del cual se depende. En la medida en que se evita esta pérdida, se interceptará por consiguiente la realización o la intención que valdría por premisa la amenaza del retiro del amor del otro. Al estar primariamente atada la moral al otro exterior, el descubrimiento de la intención de hacer lo indebido resultaría equivalente al descubrimiento de lo realizado, ya que la autoridad respondería de manera semejante en ambos casos.

Al comienzo, el cargo de conciencia que el sentimiento de culpabilidad produce no es más que temor a la pérdida del amor del otro. Si el otro paterno ha sido sustituido luego por la comunidad, la moral que se sostendrá gravitará en torno a la posibilidad de ser descubiertos o castigados, sin independizarse como función interna.

Ahora bien, Freud (2013b) plantea que es sólo a partir de la internalización del otro parental que se puede hablar con propiedad de conciencia moral, motivo por el cual se deja de considerar la diferencia entre el acto y la intención, cayendo el temor a ser descubierto, porque ya nada puede ocultarse ante los ojos del Superyó. De esta manera, se borra la dimensión del secreto en tanto mensaje oculto para esta instancia. Si bien el Yo puede ocultarse ante el otro, no así ante el Superyó. Nos permitiremos conjeturar que es esta omnipotencia y omnipresencia de la mirada la que perpetúa y exagera la superioridad parental que promovió su génesis, asolando al yo con la amenaza de su abandono, a la par que acecha ante cada oportunidad para hacerlo castigar por lo que del exterior retorna como destino. Con este marco sería interesante leer las formas que adquiere la neurosis de destino en los diversos movimientos que asume el Yo en su necesidad de castigo por su vasallaje al Superyó.

Retomando el epígrafe del presente apartado, en esta segunda fase de la génesis de la conciencia moral, Freud sitúa a nuestro entender, el estatuto sacrificial del Superyó en la segunda tópica al ubicar, en contraposición a una conceptualización precipitada y fenomenológica de la función de la moral en la constitución subjetiva, la severidad que adquiere el mismo cuanto más virtuoso es el sujeto. De modo que “la virtud pierde así una parte de la recompensa que se le prometiera; el yo sumiso y austero no goza de la confianza de su mentor y se esfuerza, al parecer en vano, por ganarla” (Freud, 2013b, p.3055).

En este punto, la intención de reparación como antecedente del sentimiento de culpabilidad fracasa, en la medida en que no encuentra reconocimiento alguno por parte del Superyó. El cifrado inconsciente de la culpa como modo de hacer lazo con la alteridad por la vía del amor resulta obturado, siendo metamorfoseado en una necesidad de castigo interminable en función de la imperturbabilidad del Superyó. Avizoramos la

emergencia de una figura que no tiende al reconocimiento de la falta y del perdón, por la vía del amor, sino más bien a satisfacerse punitivamente sin miramientos con el desencadenamiento de una lógica donde el esfuerzo ilimitado y la renuncia constante dejan de ser medios para convertirse en los peldaños del altar desde donde este dios oscuro ordena cada nuevo sacrificio.

Freud (2013b) nos presenta un Superyó que no sólo se nutre de las fallas del Yo y del aumento de sus tentaciones- proporcionales a las privaciones que se autoimpone sino que también absorbe todas las adversidades que el exterior presenta, ensanchando su imperio. Se trata de la primera fase infantil de la génesis de la conciencia moral, donde el asentimiento subjetivo del niño era concedido por temor a la pérdida del amor parental, de este modo se conservan los resabios de su origen antes de la introyección de la autoridad, por medio de la sustitución de la figura parental devenida ahora providencia del destino o su reverso religioso, voluntad divina.

Proponemos aparejar un sentimiento de soledad tenue ante esta figura del Superyó que se extiende al destino exterior, dejando al Yo desvalido en la intemperie, impotenzado ante la desgracia que le presenta la adversidad en la medida en que la asume en función de sus equívocos, cuando la desgracia no está comandada por la

12

repetición que sirve a su necesidad de castigo inconsciente. En ambos extremos, el retiro del amor por parte del Superyó o por parte del destino, traería aparejada una soledad aturdida por el sentimiento de fracaso y el reconocimiento yoico de ser merecedor de tal suerte e incapaz de obtener otra deriva.

Si la renuncia pulsional se efectuaba ante la emergencia del sentimiento de culpabilidad que brotaba del temor a la pérdida del amor de la autoridad, a partir de la consolidación del Superyó, la renuncia pulsional ya no resultará absolvente para el Yo, el cultivo de la virtud abstinerente no resultará recompensado, instalándose una suerte de desgracia intrapsíquica permanente.

Al borrarse la alteridad de las contingencias exteriores, a partir de la internalización de un vínculo intersubjetivo en una instancia intrapsíquica, el otro que podría alojar al Yo por medio de la comprensión de las coordenadas singulares de su malestar, queda silenciado en la imposibilidad por parte del Yo, de recibir otra cosa que no sea la represión punitiva que el Superyó le imparte absorbiendo la realidad toda en su desmedro. En consecuencia, la severidad que le hace compañía obtura el lazo que podría rebajar el sentimiento de soledad en que se habita.

Situaremos del lado del exterior la posibilidad de que haya contingencia. El campo de la cultura es un exterior, un afuera de otros que no son uno y aunque el Superyó sea el heredero de lo que no nos hace uno, al señalar la división del sujeto contra el sí mismo, desrealiza la alteridad que lo funda, reduciéndola a una sombra del otro. Sombras del Superyó que parasitan a ese Yo que vive sin su encuentro, porque de lo que se padece no es del retiro del amor del otro, sino más bien, de que no haya otro con el cual encontrarse en soledad.

Melanie Klein (1968) planteó que el sentimiento de soledad es el correlato de un insatisfecho anhelo de estado interno perfecto. En paralelo ha señalado que la sensación de ser incomprendido profundiza el sentimiento de soledad que ya había reconducido con anterioridad a las ansiedades paranoides y depresivas que producen las defensas que escinden al yo para protegerlo de la potencia de la pulsión de muerte. Este sentimiento de ser incomprendido gravitaría en torno a un anhelo de retorno a la relación preverbal establecida con el otro primordial.

Nos interesa resaltar en el ensayo de Klein (1968) y en consonancia con el nuestro, la operación de delimitación del sentimiento de soledad como un efecto interno de la constitución subjetiva que prescinde de la situación externa de estar en compañía y/o recibir afecto.

A su vez, la imposibilidad de dar y recibir en la relación intersubjetiva es reconducida por esta autora a los procesos de escisión del Yo. El Yo padecería su defensa escindiéndose en su intento por tramitar la agresividad inherente a la pulsión de muerte que es introyectada en calidad de Self malo y proyectada a su vez al objeto en su cariz persecutorio.

La escisión que el Yo padece para domeñar el caudal de la pulsión de muerte daría cuenta del sentimiento de soledad en la medida en que no se logra una integración total, aunque la autora conciba esta posibilidad como operación que contrarrestaría dicho sentimiento por la vía de un afianzamiento del objeto bueno interno como núcleo del Yo.

Siendo para Klein la integración y el fortalecimiento del Yo la operación que permite tolerar la ambivalencia sin represiones aún más profundas, la línea que retoma Winnicott (1979) en relación a la asimilación de los sentimientos generados por la escena originaria, a partir de la cual se fusionan los componentes de odio con los eróticos al servicio de la satisfacción masturbatoria enmarcada en la fantasía del niño/a; sostendremos que la integración de las identificaciones con ambos personajes de la escena primordial, aquella que posibilitaría soportar la envoltura ambivalente que la posición del sujeto desprende de la interacción de los dos personajes en el coito parental, es señalada en ambos autores como una salida para repensar el sentimiento de soledad o la capacidad de estar a solas.

Esta alternativa, que ya hemos desechado en Freud con respecto a la unificación identificatoria con las dos figuras parentales, como modo de dar cuenta del

13

funcionamiento del Superyó, nos conduce a sostener que no hay madurez genital total que contrarreste el efecto de escisión subjetiva que genera la consolidación superyoica y por añadidura la soledad correlativa que le asignamos a esta instancia. En otras palabras, no se trata del ahondar en el afianzamiento del objeto bueno interno como núcleo del Yo, ni de reforzar la identificación unificada que configura al Ideal del Yo como modelo que daría cuenta de la identidad sexual, sino más bien, de rebajar el efecto de soledad que el Superyó arrastra, trabajando a contrapelo de la desmezcla pulsional que su emergencia produjo, reinvestiendo los elementos perdidos en el proceso sublimatorio mediante una reapertura contingente que reintroduzca la alteridad que el Superyó ha desrealizado.

## **Conclusión**

En el curso del presente ensayo se ha desplegado la suposición de cierta relación enigmática entre la soledad humana y el Superyó. Ensayamos reconducir la soledad propiamente humana al período de latencia intentando dar cuenta de la misma en relación a la cesión de las catexias objetales incestuosas. Cesión que inaugura este periodo a partir de la consolidación del Superyó como instancia intrapsíquica. Conseguimos presentar las dificultades y los matices que esta instancia arrastra en su

génesis por medio de una lectura sobre los efectos de la re-introyección del objeto en la constitución subjetiva.

Nos apoyamos en la desmezcla pulsional que la reintroyección produce, para dar cuenta de la opacidad del funcionamiento del Superyó en la relación de reproche y vigilancia omnipresente que guarda con el Yo. Sostuvimos que los imperativos y castigos de esta instancia marcan la modalidad de satisfacción pulsional posible para alguien, produciendo desarreglos no contingentes en la sexualidad humana. Malestar que deja como saldo un efecto de soledad que hunde sus raíces en el desamparo originario que antecede a la emergencia del Superyó.

Indagamos, siguiendo a Freud, el fundamento erótico de la génesis de la conciencia moral, repensamos el temor a la pérdida del amor del otro y la internalización de una relación intersubjetiva en una partición intrapsíquica para dar cuenta del sentimiento de soledad.

Le asignamos a la angustia de muerte sentida por el Yo ante la pérdida del amor del Superyó el valor de una soledad de intemperie, donde ser amado por una sombra del otro imposible de perder, establece el sentido de una vida, donde no serlo desampara hasta abandonarse de ser. Situamos la extensión del imperio del Superyó a los poderes del destino, poniendo de relieve su carácter religioso en tanto se afianza como Providencia.

Arribamos a la suposición de que el cifrado inconsciente de la culpa como modo de hacer lazo con la alteridad por la vía del amor resulta obturado en la relación sacrificial que el Yo traba con el Superyó, siendo metamorfoseado en una necesidad de castigo interminable en función de la imperturbabilidad del Superyó.

De este modo, nos representamos la reacción terapéutica negativa, efecto de la resistencia más oscura en la cura psicoanalítica, es decir, la resistencia del Superyó, como una soledad que no hace pareja con el temor a la pérdida del amor del otro, sino con que no haya otro con quien encontrarse en soledad.

Sombras del Superyó que parasitan una soledad que vive aturdida en la desrealización de la alteridad como uno de los nombres de la contingencia de un encuentro, una fiesta sin iterar crimen alguno, la soledad del borde que en el medio de un vacío hallaba al otro. O quizás sencillamente, la soledad del analista que escribe sin poder nombrar la soledad que no lo borra.

### **Referencias bibliográficas**

- Freud, S. (1996). "La femineidad" en *Los textos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Altaya.
- Freud, S. (2013a). "Introducción al narcisismo" en *Obras completas, Tomo XV*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Freud, S. (2013b). "El malestar en la cultura" en *Obras completas, Tomo XXII*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Klein, M. (1968). *El sentimiento de soledad y otros ensayos*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Winnicott, D.W. (1979). "La capacidad para estar a solas" en *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Editorial Laia.